

les y casas de prostitucion, y allí donde resonaba la voz serena y augusta de la ciencia, las aves nocturnas dejan oír ahora su lúgubre graznido, ó el vicio y el crimen celebran sus báquicas orgías. ¿En dónde, en dónde están los mejicanos contemporáneos ilustres? ¿Qué muestras ha dado de sí esa nueva generacion amamantada á los robustos pechos de la república? Que se nos cite una nueva ilustracion: Juarez, ese gran hombre, ese gran carácter, el último de los mejicanos, bien que sea lo que sus admiradores pintan, educado fué por un fraile español, recogido fué en un seminario español, y teólogo arrepentido y abogado formado en establecimientos de enseñanza españoles.

Nuestro amor á la humanidad, ó mas bien el sentimiento inmortal de justicia, se sobrepone en nosotros al exclusivismo patrio que abomina ó ama todo lo que abomina ó ama el pueblo en que nacimos. Reconocemos de buen grado que no siempre fué justa, sábia y previsora nuestra administracion colonial; pero nos hemos permitido el anterior desahogo, porque son muchas las exageraciones, injusticias é iniquidades que se cometen en mengua de nuestro nombre. Itúrbide, que tantas protestas de amor hacia en favor de los españoles cuando proclamaba la independenciam, fué injusto tambien con nosotros. Más lo han sido otros mejicanos, y ha habido alguno, hijo de español, que ha dicho públicamente: «si yo supiese por donde corria la sangre española, me la estraería á puñaladas (1).» Los hijos no tienen nunca derecho para escu-

(1) D. Pedro Garmendia, vecino de Puebla, hijo de un honrado vizcaino, lo decia así delante de sus dos hermanas y sobrinas, quienes lo llenaban de

pir al rostro de sus padres. En todo caso, nosotros haríamos lo que el piadoso hijo de Noé, estenderíamos nuestra capa y cubriríamos la desnudez de nuestro padre.

XIX.

Pero prescindamos de estas pequeñas injusticias, y prescindamos de la perfidia é ingratitude de los mejicanos, aprovechando segunda vez la libertad que pródiga y algo temerariamente les daban nuestras Cortés para sublevarse contra la madre patria, especie de vileza muy parecida á la de aquellos que se doblegan con suma docilidad ante un tirano, y deshonoran con sus abusos la libertad que se les conquistasin duda por lo que dice el mas profundo de los historiadores: *nihil in vulgo modicum: terrere ni paveant* (1). Nosotros creemos que Itúrbide en sus primeros tiempos, en el período de incubacion de su pensamiento de independenciam, queria lo mejor para

improperios porque pensaban de distinto modo, como ocurre de ordinario. al bello sexo aun hoy, lo cual exalta mas y mas á los criollos en contra nuestra. Es antiguo en la América española el refran usado por las mujeres desde la niñez: *Marido, vino y bretaña, (1) de España.*

(1) El vulgo no consiente medios: ó ha de causar ó ha de tener miedo-TACITO: *Anales.*

(1) Bretaña es un lienzo del departamento francés de este nombre, que llevan á América los españoles.

Méjico y lo menos malo para España: la realizacion del proyecto atribuido con ó sin razon al conde de Aranda, el levantamiento de un trono en Méjico para un príncipe de la casa reinante en España, con lo cual allí podia levantarse un imperio tan floreciente como el del Brasil, una monarquía poderosa que representase en América los intereses europeos y contuviese el desenvolvimiento colosal de los Estados-Unidos, la lenta é irresistible absorcion de la raza latina por la raza anglo-sajona, cosa que entonces era la ocasion mas oportuna de realizar, y España, si perdía á Méjico, lo perdía salvando su raza en el Nuevo Mundo, el honor de su bandera, y hasta obteniendo ventajas para el porvenir é indemnizaciones para lo presente, que no con gran dificultad se habrian podido alcanzar.

«El plan de Iguala, decia Itúrbide defendiendo su obra, garantiza la religion que heredamos de nuestros mayores: á la casa reinante de España proponia el único medio que le restaba para conservar aquellas dilatadas y ricas provincias: á los mejicanos concedia la facultad de darse leyes y tener en su territorio el gobierno: á los españoles ofrecia un asilo, que no habrian despreciado si hubieran tenido prevision: aseguraba los derechos de igualdad, de propiedad, de libertad, cuyo conocimiento ya está al alcance de todos, y una vez adquiridos, no hay quien no haga cuanto está en su poder para conservarlos ó para reintegrarse en ellos. El plan de Iguala destruía la odiosa diferencia de castas: presentaba á todo extranjero la mas segura y cómoda hospitalidad: dejaba espedito el camino al mérito para llegar á obtener recompensa; conciliaba las opiniones razonables y oponia un valla-

dar impenetrable á las maquinaciones de los malvados.»

Estas ideas no podian dar fruto entonces ni en Méjico ni en España. No en Méjico, porque allí los criollos, aun haciendo la eterna desdicha de su pais, lo que querian era espulsar á toda costa á los españoles. No en España, porque, aparte de que no hay nacion que se resigne pacientemente á perder una de sus mas ricas colonias sin luchar, habia demasiado irritacion, demasiado encono, y por decirlo así, estaba demasiado sobreescitado el patriotismo para que reconociese la independenciam de Méjico desde luego, aun con las ventajas que se la ofrecian y hubiera podido obtener. Lo mismo en Méjico que en España, cuando se llegó á conocer la bondad de ese pensamiento, era ya tarde. No sin razon dice el distinguido historiador de la revolucion de Méjico, que el tiempo y las desgracias han hecho conocer, como Itúrbide preveía, el mérito é importancia del plan de Iguala, el cual ha tenido mas adictos cuando ha venido á ser impracticable, que en la época en que se promulgó.

XX.

No era Itúrbide amigo de perder el tiempo. Así que, declarado en rebelion, se dirigió al mismo Virey, al Regente de la Audiencia D. Miguel Bataller, al general Cruz, al brigadier Negrete, á Fonte, Arzobispo

de Méjico, á Cabañas, Obispo de Guadalajara, á todos los europeos y americanos de alguna importancia, invitándoles á que aprobaran su plan y á que tomaran parte en el movimiento que habia iniciado y consideraba ya irresistible. Revelan estas cartas en su autor verdadero talento, porque el lenguaje de ellas se acomodaba con singular delicadeza á la posicion, sentimientos ó aficiones de cada una de las personas á quienes se dirigia.

Itúrbide previno á los comisionados portadores de estas cartas, que la del Virey fuese la última que entregasen, á fin de que éste no pudiera sospechar que se enviaban al mismo tiempo otras, y dispusiese el secuestro. Cuando recibió la suya el Arzobispo Fonte, en que se le incluia copia de la dirigida al Virey, fué á verse con Apodaca al momento, de modo que cuando el P. Piedras (siempre los frailes interviniendo en esta sublevacion), comisionado por Itúrbide, se presentó en Palacio para evacuar su encargo, el Virey no quiso recibir el pliego y dirigió á Itúrbide el mismo dia la comunicacion siguiente: «El P. Piedras se me ha presentado hoy á la una con pliego de V. S., cuyo sobrescrito tiene la advertencia de *particular*. Por aquella, y por haberme impuesto el referido P. de su contenido, no puedo abrirlo ni lo abro, manifestando á V. S. en solo este hecho, cuanto cabe sobre su inconstitucional proyecto de independencia. Espero, pues, que V. S. lo separe inmediatamente de sí, y la prueba de esto será seguir en su fidelidad al rey y en observar la Constitución que hemos jurado, y continuar la conduccion del convoy á Acapulco, para seguir las operaciones militares que le tengo ordena-

das, dirigidas á la total pacificacion de este reino.»

Aunque el virey envió cerca del padre y esposa de Itúrbide á una persona de confianza para asegurarles que nada tenian que temer ellos, cosa que agradeció en extremo el rebelde de Iguala, este se inquietó grandemente por la contestacion digna del virey y la noticia de estarse reuniendo fuerzas en las inmediaciones de Méjico. Dirigióse entonces Itúrbide al rey y á las Córtes españolas, dándoles cuenta de todo lo ocurrido y remitiendo copia del plan de independencia y de las comunicaciones dirigidas á Apodaca.

Decia á Fernando VII que los sublevados no procedian por desamor ó infidelidad á su persona y familia, sino por sentimiento de verlo tan lejos, por lo que le suplicaba que admitiese su plan, que atendia á la par á la fidelidad debida al rey y á la ventura del pueblo mejicano.

Hacia á las Córtes la historia de los sucesos de 1810 y la descripcion del estado presente de Méjico, y concluia con estas palabras: «Finalmente, señor, la separacion de la América Septentrional es inevitable; los pueblos que han querido ser libres, lo han sido sin remedio; llena está la historia de estos ejemplos, y nuestra generacion los ha visto recientemente materiales. Hágase, pues, señor, si debe ser, sin el precio de la sangre de una misma familia; salga el glorioso decreto del centro de la sabiduría, y sean los padres de la patria los que sancionen la pacífica separacion de la América. Venga, pues, un soberano de la casa del gran Fernando á ocupar aquí el trono de felicidad que le preparan los sensibles americanos, y establézcanse entre los dos augustos monarcas, en union de los so-

beranos Congresos, las relaciones mas estrechas de amistad, pasmando al mundo entero con su dulce separacion.»

Ni las Córtes ni el rey tenían para qué entenderse con Itúrbide y nada le contestaron, pero no por eso tomaron medidas para salvar aquella sagrada herencia, aquella herencia de tres siglos que se les iba de entre las manos. Entregado el reino á la mas completa anarquía, convertido todo café en un club revolucionario, infestado el país de sociedades patrióticas y de lógicas secretas que llamaban reaccionario al mismo Argüelles, perseguidos por el desprecio y por la hostilidad de Europa, amenazados de una intervencion que desafiábamos con fanfarronadas diplomáticas, divididos los ánimos, conspirando los unos por la reaccion, por la revolucion los otros, la fiebre política dominaba en todos, y nadie veía que entretanto se consumaba nuestra ruina en América. Dícese que así como Fernando VII tuvo el pensamiento de escaparse de España y de trasladarse á Méjico, en donde favorecian esta idea el gran número de españoles opuestos á la Constitucion de 1812, todo el clero y las autoridades, aparte de los muchos mejicanos que á la sazón pensaban como Itúrbide, los liberales españoles, en la prevision de otra proscricion tan brutal como la de 1814, querian prepararse una retirada segura, un puerto de refugio en Méjico independiente, á la manera que lo pretendió con calaveresco heroismo, pero traidor á su patria, un valeroso guerrillero de nuestra guerra de la Independencia, el coronel Espoz y Mina, sobrino del que llegó á general entre nosotros. La historia no tiene datos suficientes para asegurar lo que se decia así de

los absolutistas como de los liberales españoles; pero la historia no conoce tampoco las medidas que adoptaran el gobierno y las Córtes liberales para retener la rica joya que se desprendia á toda prisa de la corona de España. No, no habia español entonces en España, no habia personaje alguno dentro de la situacion que conspirara conscientemente por la emancipacion de Méjico, habia ilusos, pero no mónstruos. Habia ilusos, arrebatados por un fogoso patriotismo, volcanizados por un ardiente amor á la libertad, que creian salvar y retener á Méjico, estendiendo á aquel país todos los progresos, todas las garantías, todos los derechos de 1812, que acaso poco conocedores de los beneficios que las colonias habian reportado de nuestras leyes de Indias, calumniaban la dominacion de nuestros antepasados, haciendo coro á nuestros enemigos, y ponian en sus manos por esto mismo armas, elementos, intereses, clases, sin cuyo concurso no se podia realizar la independenciam. Si Méjico habia de conservarse, debia obrarse con la energía, con la rapidez y con la audacia de Venegas, que no temió arrostrar la responsabilidad de suspender en parte el planteamiento de la Constitucion en el movimiento insurreccional de 1810, cosa que pensó tambien y no tuvo valor de realizar á tiempo Apodaca; debia obrarse como obra Inglaterra en frente de los fenianos de Irlanda, como han obrado los Estados-Unidos en nuestros dias contra los Estados separatistas del Sur, ejemplos que no por tomados de pueblos reaccionarios rechazarán los ultraliberales españoles; pero estos, parecidos á la casa de Austria, en donde, por no faltarse al ceremonial de la córte, se dió el caso de que una archiduquesa, cu-

yos vestidos se habian incendiado, muriera abrasada por no estar presente la dama que debia desnudarla, decian entonces: ¡sálvense los principios y piérdanse las colonias! y en efecto los principios no se salvaron, pero las colonias se perdieron.

Todas las esperanzas del gobierno y de las Córtes en este período para conservar á Méjico en la obediencia de España, estaban cifradas en O'Donojú, general que era célebre por el radicalismo de sus ideas, nombrado para mandar en Méjico á instigacion de los americanos y singularmente de Ramos Arispe, entonces de gran influencia por haber estado mucho tiempo preso en Valencia durante la ominosa reaccion última y antes y despues y siempre enemigo de España, como que, andando el tiempo y ya vuelto á su tierra y á pesar de su carácter eclesiástico, salia trabuco en mano á matar gachupines. O'Donojú llegó á Méjico y aunque tengamos por calumnioso el rumor que corrió de que estaba previamente comprometido á realizar la independencia, de donde le venia la singular proteccion de los mejicanos que residian en España, como iba muy cargado de libertades, pero sin un soldado para hacer respetar nuestro gobierno, en el momento de pisar tierra se apresuró á tratar con Itúrbide y á reconocer la independencia proclamada, pasando por indignas humillaciones de que en su lugar hablaremos.

XXI.

Sabida en Méjico la rebelion de Itúrbide, el virey dispuso formar al punto un cuerpo de tropas de cuatro á cinco mil hombres con el nombre de «Ejército del Sur,» cuyo mando se confirió al mariscal de campo D. Pascual de Liñan, soldado bizarrísimo que se distinguió en las operaciones de la última campaña, y fusiló al coronel Espoz y Mina, de quien hemos hablado en el capítulo anterior por incidencia. Al mismo tiempo, como se creia que parte de las tropas de Itúrbide iban engañadas ó para dar lugar al arrepentimiento, se ofreció un indulto general á los sublevados, á condicion de que se presentaran al ejército de Liñan para reiterar el juramento de fidelidad al rey y á la Constitucion, haciendo el virey que se dirigieran á Itúrbide su anciano padre, su esposa y algunos de sus amigos para apartarle de sus propósitos é inspirarle confianza en las buenas disposiciones del gobierno. No hizo caso Itúrbide de estas exhortaciones, y entonces fué cuando Apodaca, *Gaceta* mejicana del 15 de Marzo, declaró «que estaba fuera de la proteccion de la ley; que habia perdido los derechos de ciudadano español, y que toda comunicacion con él era un delito que castigarían los magistrados y jueces conforme á las leyes,» declaracion que no se ajustaba

mucho ciertamente á la Constitucion, cuya observancia recomendaba sin embargo y encarecia; pero declaracion al fin que, apretando la necesidad, siempre se ha hecho y eternamente se hará aun por los gobiernos mas populares y que confeccionan con entusiasmo los códigos mas democráticos con el sincero deseo de ajustarse á sus rigurosas prescripciones.

Estas disposiciones del virey produjeron su efecto. Hoy unas, mañana otras, fueron presentándose á Méjico las tropas espedicionarias que estaban con Itúrbide, hasta el extremo de que no quedaron con él mas que dos ó tres compañías. No faltaron tampoco hijos del país que siguieran el mismo rumbo, y á poco el ejército de Itúrbide estaba reducido á la mitad. Es mas, como en las revoluciones, bien que sean muchos los comprometidos, pocos son los que dan la cara y menos si el riesgo es grande y perentorio, lo cual ha solido retraer en mas de un país hasta fanfarrones que la leyenda trasforma en héroes, el virey recibia de todas partes protestas calorosas de fidelidad, organizaron algunos pueblos milicias provinciales para rechazar á los nuevos insurgentes, y casi todos los ayuntamientos y á la cabeza de todos, el de Méjico, en cuyo seno Itúrbide lisongeábase de contar con cómplices y amigos, condenaron enérgica y ruidosamente la rebelion.

Y hubo un hecho todavía mas grave que debió desconcertar á Itúrbide y alentar á Apodaca. Habíase proclamado el plan de Iguala en el puerto de Acapulco; pero habiendo llegado las fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza* de la América del Sur, mejicanos fieles á España, de acuerdo con los jefes y dota-

ciones de los buques, hicieron la contrarrevolucion y tuvieron que huir, sin intentar la resistencia, los emisarios y tropas que Itúrbide habia enviado para sublevar aquella plaza y mantenerla por la independencia.

Así Itúrbide se veía en una posicion sobrado crítica en aquellos momentos, tanto que habiéndose adelantado la vanguardia del ejército de Liñan, mandó retirar sus avanzadas, huyendo de un encuentro y abandonando la posicion de Iguala por si se le venia encima el ejército enemigo, para guarecerse en Telo-loapan, en donde creia fácil defenderse. Aun sufrió desercion durante el tránsito, y mal seguro de su aliado Guerrero, de quien sospechó mas adelante que quisiera apoderarse de los fondos de la insurreccion, y cuyas tropas se avinieron tan mal con las suyas, que mutuamente se insultaban y estuvieron á punto mas de una vez de venir á las manos, se dirigia á Telo-loapan bajo la influencia de funestos augurios.

Sin duda alguna que si en este momento solemne y decisivo hubiera avanzado Liñan con todo su ejército, Itúrbide se hubiese visto grandemente comprometido. Pero Liñan, que en la anterior campaña habia dado pruebas de singular bizarría, y siempre se distinguió por su lealtad, segun dice Alaman, «permaneció todo el mes de Marzo sin alejarse de la vista de Méjico, no obstante las reiteradas órdenes del Virey para avanzar, pretestando ya falta de artillería y pertrechos de que inmediatamente se le proveia, y ya desconfianza de la oficialidad y tropa, perdiendo así en una inesplicable inaccion el tiempo mas precioso para obrar con actividad, y dando apariencias para

confirmar la sospecha de que el Virey Apodaca estaba de acuerdo con Itúrbide (1).»

En las guerras civiles la presteza es el todo, y nunca con mas razon que hablando de ellas se puede recordar aquel adagio de que «quien da primero da dos veces.» Un motin que dura horas en una ciudad es de ordinario rebelion abierta, que con dificultad y á fuerza de sangre se domina. Un grupo de tropas que en son de guerra se mantiene en el campo dias y dias sin que se le bata ó se le persiga al menos, acaba por estender la revolucion á las ciudades, mucho mas si las encuentra preparadas. Los dias que pierde el gobierno los gana la revolucion, y mientras por acumular fuerzas para batir al enemigo con plena seguridad, si ésta en la guerra se tiene alguna vez, pasa el tiempo, tambien el enemigo se prepara, y hoy una, y otra mañana, se alzan ciudades de importancia que aumentan la rebelion, sin que entonces haya soldados que basten para atender á tantos puntos y pueda dominarse de modo alguno el movimiento sedicioso. Si esto por regla general ocurre en todas partes, con mas razon debia esperarse que ocurriese en Méjico, porque cometido el error de diseminar las tropas espedicionarias españolas, dominada la insurreccion del cura Hidalgo, no era ya fácil reunir las, y ni era posible allegar mayores refuerzos á Liñan; ni si desconfianza tenia entonces de la oficialidad y tropas que mandaba, esta desconfianza pudiera disminuirse despues cuando llegara algun trance afortunado para Itúrbide, en vez

(1) *Historia de Méjico*, tom. 5.º, pág. 147.

de las deserciones que hasta aquella hora habia venido experimentando.

Era, pues, preciso á toda costa dar la batalla á Itúrbide, comprometer en favor de España á la tropa que mandaba Liñan, haciendo fuego sobre el enemigo, y aventurar el todo por el todo en un supremo trance de guerra, en la inteligencia de que mejores y mas tropas mandaba el general español que el coronel mejicano, y que de otro modo no habia salvacion para la causa nuestra en Méjico, sin un milagro visible de la Providencia, cuya intercesion en las cosas humanas no se prodiga tan fácilmente, bien que en todos tiempos tanto necesite de ella la eterna imprevision española.

No se hizo así, y entonces Itúrbide, para ganar tiempo y hacer cundir la revolucion, tuvo la feliz idea de dirigirse á la tierra caliente del Sur, y de posesionarse del Bajío de Guanajuato, asegurándose la fidelidad de sus tropas con hacer promociones escandalosas en todas las gerarquías, en virtud de las cuales los capitanes pasaban á coroneles, y así las demás clases subalternas, con lo cual, si aumentaba las probabilidades de triunfo para su empresa, empezaba por sembrar los gérmenes de la disolucion del ejército y de los eternos pronunciamientos en que éste habia de ser actor principal, cuando no único, para eterna desdicha del pueblo mejicano.